

IN MEMORIAM

Dr. D. Benjamín Fernández Ruiz*

J.M. Teijón **, A. Romero **, R. Basante ***, A. Notario **** y F. López Mateos **

jmt@med.ucm.es; aromeros@quim.ucm.es; rbasante@farm.ucm.es; anotaz@usal.es; fedlomat30@gmail.com



Académico de Número de la Sección de Ciencias Experimentales, medalla número 5.

En su toma de posesión, celebrada el día 17-10-2001, pronunció el discurso de ingreso: *Cajal a través de sus cuentos de vacaciones (narraciones seudocientíficas)*.

<https://www.radoctores.es/academico.php?item=5>

* Palabras pronunciadas. en la sesión académica de la RADE en memoria del Dr. D. Benjamín Fernández Ruiz celebrada el 03-05-2023

** Académico de Número de la Sección de Ciencias Experimentales de la Real Academia de Doctores de España

*** Académica de Número de la Sección de Farmacia de la Real Academia de Doctores de España

**** Académico de Número de la Sección de Arquitectura y Bellas Artes de la Real Academia de Doctores de España

CLAVES BIOGRÁFICAS EN MEMORIA DEL DR. BENJAMÍN FERNÁNDEZ RUIZ

Antonio Notario Ruiz

Agradezco mucho la oportunidad que se me brinda de participar en esta sesión necrológica. Esto me permite, entre otras cosas, expresar en público lo que tantas veces le expresé al Dr. Benjamín Fernández Ruiz en privado: mi total agradecimiento por todo el afecto y el apoyo que me regaló desde siempre. Su presencia en mi vida personal y profesional ha sido siempre un verdadero don, un encuentro, un regalo. Ojalá que con estas palabras acierte a hacerles llegar a ustedes tanto ese agradecimiento como algunas ideas, pinceladas biográficas y reflexiones que evoquen a nuestro querido Benjamín.

Ojalá que no tuviéramos que hablar hoy, tres de mayo de 2023. Eso significaría que el Doctor Fernández Ruiz estaría todavía entre nosotros, como siempre, alegre, bromista, y también atento a todas y cada una de las personas con las que compartía su pertenencia a esta Real Academia de Doctores. A todas y cada una conocía y respetaba. Con muchas y muchos de ustedes, queridos Académicos, ha compartido momentos buenos y menos buenos -porque él sabía, entre otras muchas cosas, ser amigo. Y pocas veces faltó a las sesiones, incluso cuando la pandemia obligó a que fueran virtuales. Y eso desde un lejano mes de octubre del año 2001 cuando ingresó con un bello discurso sobre los cuentos de don Santiago Ramón y Cajal.

No sé cuánto tiempo han podido ustedes disfrutar de la compañía de Benjamín Fernández Ruiz. Hay quienes han tenido la gran fortuna de hacerlo durante más de cincuenta años. Y no conozco forma humana ni creo que haya retórica capaz de condensar en pocos minutos todo lo que eso implica de vivencias, de experiencias, de conversaciones, de consejos, de risas -muchas risas- y también de muchas lágrimas.

¿Recuerdan los versos de Gustavo Adolfo Bécquer? *Dios mío, ¡qué solos se quedan los muertos!* - decía él. Pues siento disentir del gran poeta romántico. En mi opinión, no tenía razón Gustavo Adolfo Bécquer, no. No son los muertos los que se quedan solos. Somos los demás quienes quedamos indefensos, huérfanos de todo lo que nos aportaba quien ha emprendido el último camino. Nos quedamos solos, sin el repertorio de gestos, de palabras, de complicidades, de recuerdos compartidos, de referencias epocales y personales. También huérfanos ante los dolores llorados juntos. Todo eso configura una energía que sólo muy lentamente se transforma, pasando a integrarse en la persona y en la vida de quienes tuvimos la suerte de conocerlo y, en alguna manera, mitigando así el dolor de la pérdida.

No se puede hablar del Doctor Fernández Ruiz sin, al menos, citar sumariamente nueve grandes ámbitos que, entre otros muchos, en él, actuaban como cualidades muy apreciadas

y de las que se sentía orgulloso. Paso a enumerarlos en un orden posible, aunque pueden elegir ustedes otro alternativo:

1. su catolicismo, tradicional en cuanto al fervor por su querida Virgen del Prado, patrona de su Ciudad Real natal, pero que supo conjugar con una gran liberalidad en otros muchos aspectos;
2. su mancheguismo profundo y militante, que le llevó, entre otras cosas, a presidir el Instituto de Estudios Manchegos, al que ha dedicado mucha energía a lo largo de los años;
3. su vitalismo, marcado por una alegría de vivir y una capacidad de disfrutar poco habituales;
4. su esencial vocación científica, con un norte marcado por don Santiago Ramón y Cajal, como él mismo recordaba siempre que podía;
5. su vocación docente, nacida de sus capacidades –“competencias” habría que decir ahora- como comunicador y de la semilla que los Marianistas, magníficos docentes sembraron en el Colegio Nuestra Señora del Prado de Ciudad Real;
6. su sensibilidad humanista, que le llevaba a degustar la música, las artes plásticas y la poesía, siendo escritor él mismo;
7. su simpatía natural, que hacía sentir a quien estuviera a su lado una cercanía completa.
8. sus grandes dotes como conversador, siempre abierto y tolerante;
9. y, por último, su carisma como líder sencillo y humilde pero efectivo que mostró y demostró en más de una ocasión en la gestión universitaria, a través de diferentes cargos y funciones.

Cada uno de estos ámbitos merecería ser glosado ampliamente, porque en cada uno de ellos ha manifestado el Doctor Fernández Ruiz su peculiar forma de entender la vida y de vivirla. Siempre y en cada uno de ellos con una impronta muy personal y muy alejada de cualquier tópico. Siempre también con una autenticidad que le llevaba a la autocrítica y al intento permanente de mejorar.

No me voy a poder detener en todo ello. Pero, parafraseando a Don Antonio Machado diría que la infancia de Don Benjamín Fernández Ruiz estaba constituida por recuerdos de un patio de La Mancha; también por recuerdos de una posguerra que los adultos consiguieron pintar de luz, aunque los tiempos fueran tan oscuros para todos los españoles. Recuerdos también - y muy gratos para él- de un abuelo muy carismático y querido por todos –Pepe el Sastre-, de unos orígenes en un pequeño pueblo del Campo de Calatrava -La Cañada-, de una familia rica solo en afectos y cariño y, desde muy pronto, también recuerdos de la educación cristiana, con los testimonios vitales de la familia –de sus padres Carmen y Luis en especial- y de sus

profesores Marianistas que tanto y tan positivamente marcaron su desarrollo personal y profesional. La vida le regaló un gran número de valores que puso siempre al servicio de los demás, especialmente a través de la docencia, tal vez la mayor de sus pasiones.

Aunque suene tópico, hay que convenir, además, en que detrás de cada persona hay otras muchas que le han aportado mucho y le han acompañado existencialmente. En esta ocasión es justo recordar a algunas de las que rodearon al Doctor Fernández Ruiz de afecto y cariño desde la infancia, que le rodearon de un entorno de generosidad, de responsabilidad, de trabajo pero sobre todo de mucho amor: repito la mención a su abuelo Pepe, a sus padres, Carmen y Luis, pero incorporo a sus tías, Maruja, Rosario y María Teresa, a su hermano José Luis, a sus primas; y también a Angelita, Paca y Antonia que colaboraron y pusieron su granito de arena en su formación; vuelvo a citar a sus profesores Marianistas y a algunos amigos de esa congregación que le cuidaron siempre, como el sacerdote ya fallecido Juan Isasa. En lugar preferente hay que nombrar también a su mujer, Carmen Dobao, con quien compartió tanto y con quien construyó una hermosa familia. Pensando en ella y en el amor de ambos recordaba mientras escribía estas líneas al filósofo alemán Martin Buber.

Por decirlo brevemente y a pesar del riesgo de simplificar su pensamiento, diré que Buber negaba la primacía del Yo que desde Descartes ha dominado la filosofía contemporánea. Para Buber, en efecto, no es el “pienso, luego existo” el origen de todo filosofar. No es en la soledad del pensamiento autoconsciente donde sitúa él el origen del pensar y del vivir, sino en la relación con el otro. Por eso afirma en un breve y precioso libro titulado *Yo y Tú*, que “Yo llego a ser Yo en el Tú”. Así, escrito en mayúsculas, ese Tú subsume a todos aquellos con quienes cada persona entra en relación profunda y que ayudan y permiten que esa persona alcance su pleno desarrollo. Según esta interpretación libre del pensamiento de Buber, el Doctor Benjamín Fernández Ruiz habría llegado a ser él mismo en su relación con muchas personas –las ya mencionadas- pero de forma preferente con la que le acompañó durante muchos años, Carmen Dobao. Añade Buber un rasgo fundamental: ese Tú no es buscado, sino encontrado: “el Tú me sale al encuentro por gracia –no se le encuentra buscando”. Don Benjamín Fernández Ruiz había encontrado a la que fue su esposa, también por gracia a sus hijos y a los numerosos familiares y amigos que constituyeron ese Tú que le permitió ser quien finalmente ha sido. No es ocioso profundizar en esa propuesta de Buber, tan cercana a las posteriores de otros filósofos como Emmanuel Lévinas.

Para finalizar, me siento obligado estéticamente a citar a un poeta muy querido por Don Benjamín Fernández Ruiz. Era un poeta manchego, discípulo de Don Santiago Ramón y Cajal en el Madrid de los años treinta, cuando el joven cursaba la carrera de Medicina. Mucho tiempo después, cuando ejercía ya como ginecólogo, escribiendo poemas a hurtadillas, entre consultas y recetas y visitas, escribió en uno de sus versos:

Quisiera morir en primavera
y llevarme en la retina los campos de amapolas.
Morir en primavera,
cuando las fuentes cantan,
cuando los niños juegan.

(Vicente Notario García, *Poesía furtiva*)

El Doctor Benjamín Fernández Ruiz, que admiró tanto a Don Santiago como a su discípulo manchego, Don Vicente Notario García, tomó de este último la palabra poética como más que un deseo lírico y aprovechó el mes de las tardes más luminosas, el de las sinfonías matinales en la naturaleza, el del final habitual de las tareas docentes para iniciar sus vacaciones definitivas, esas que le han librado de los lazos del cuerpo dejando que su espíritu, que ahora es también en gran parte nuestro, vuele hacia los destinos que la vida, la naturaleza y Dios le tengan preparado.